

Nelson R. Orrigner. Unamuno y los protestantes liberales (1912). Sobre las fuentes de Del sentimiento trágico de la vida, Gredos, Madrid, 1985, 254 págs.

El lector acaba de abrir un libro realmente importante. Un libro cuyo propósito consiste en

averiguar las fuentes del más unamuniano de los ensayos de Miguel de Unamuno - **Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos** (1913), pensado originalmente como un "Tratado del amor de Dios". Pero, más allá de las fuentes, lo que el investigador pretende es indagar cuál es la religión que predica su autor en este ensayo cumbre. La conclusión a que llega en este punto es que la religión que predica Unamuno es una especie de "ritschlianismo católico" o "ritschlianismo modificado".

El procedimiento o método que utiliza se reduce, prácticamente, al mismo que ya empleara años atrás, al rastrear las fuentes germánicas de José Ortega y Gasset. Dicho método entraña un sondeo exhaustivo de la biblioteca personal de Unamuno, a fin de detectar sus lecturas, analizar los subrayados y notas marginales y comparar las ideas unamunianas con las de los autores que lee. La bibliografía final, con la que se cierra el libro, recoge uno por uno todos los títulos consultados por el investigador en la casa - museo de Unamuno, en Salamanca.

Según Orringer, en **Del sentimiento trágico de la vida** se recogen las principales preocupaciones o inquietudes teológicas del protestantismo liberal alemán y francés, en lo que va desde mediados del siglo XIX a principios del XX. Naturalmente, el autor de **Del sentimiento trágico de la vida** no copia a sus mentores espirituales, sino que absorbe y asimila sus ideas y, al asimilarlas, las modifica y construye su propio pensamiento, su propio edificio ideológico. Los materiales son, pues, exógenos, pero la selección, el acarreo y la refundición son suyos. Por eso, el "edificio" que construye es, formalmente, suyo. Y que Unamuno "construye", es decir, que organiza y sistematiza su pensamiento, lo reconoce textualmente Orringer: "A pesar de la opinión mayoritaria de sus lectores, no le consideramos persona y pensador asistemático. Porque sus ideas, aunque a primera vista parecen contradecirse, en el fondo son coherentes." (p. 14)

En este sentido, percibe y sintetiza el sistema unamuniano como un "compromiso" entre el protestantismo y el catolicismo. Y lo vislumbra hasta en el modo de vestir de Don Miguel, al estilo de un pastor protestante de la época y hasta en los crucifijos que

flanquean, en su casa-museo, la fotografía del "Cristo crucificado", de Velázquez, al que el poeta ensagrara, en 1917, su famoso poema.

Por otra parte, su biblioteca particular, que contiene casi seis mil títulos, evidencia la gran preocupación religiosa del Rector Salmantino, ya que, más del 10% de los mismos, esto es, unos 634 títulos, son de temas estrictamente religiosos o bíblico-teológicos. Y de éstos, más de la mitad aparecen subrayados y con notas, anotaciones o resúmenes marginales. Lo que evidencia que Unamuno leía criticando. Orringer estudia, particularmente, estas acotaciones que, a veces, se acumulan en forma de extractos o síntesis en las páginas en blanco que preceden o siguen al texto. No siempre, sin embargo, aparece en los libros que más influyeron en él la impronta de su reacción. (Cabe puntualizar que Unamuno leía esos libros en su lengua original, fuese el francés, el alemán, el inglés o el noruego.) A juicio del estudioso, los dos títulos que más aportaron a la redacción de **Del sentimiento trágico de la vida** son: **la Doctrina de la justificación y reconciliación**, de Albrecht Benjamín Ritschl y el **Manual de la historia de los dogmas**, de Adolf Hernack.

Pero, ¿cómo se coordina ese influjo -se pregunta Orringer- con la apología del catolicismo popular español que hace Unamuno en su ensayo? Quizá, por una reacción de síntesis de actitudes contrarias y sucesivas. Así, hacia 1897, fase de la gran crisis espiritual de don Miguel, éste se acogería al dogma católico como un medio de salvaguardarse de la fragmentación protestante. Luego pasaría a otra fase, la de "Nicodemo, el fariseo", en la que buscaría la certidumbre o seguridad de la salvación en la sola fe en Cristo Salvador y sin mediadores, al estilo del protestantismo liberal. Posteriormente, parece acogerse a la inseguridad propia del catolicismo en esa materia y construye sobre ella, con materiales arrancados del protestantismo, su sistema propio. Quizá la idea antinómica de que ser es querer ser, expresada en la **Vida de Don Quijote y Sancho** y prevalente en su filosofía hasta mediados de la década del 1920 - fórmula equivalente a su antinomia íntima de "creo, ayuda mi incredulidad- explique esta fase que, a mi juicio de lector, no es la definitiva. Esta sería la antinomia

entre el misticismo español y el racionalismo protestante, entre el escatologismo hispánico -hambre de inmortalidad- y el eticismo reformista. Se diría que en Unamuno prevaleció la nota escatológica, pero, a partir de **San Manuel Bueno Martir**, su creación cumbre, la nota escatológica, se equilibra con la ética, y ética e incertidumbre son, a mi juicio, las dos notas, dramáticamente vividas por don Manuel, que caracterizan su fase final.

Orringer, tras definir el ritschlianismo, se da a la tarea de probar, sistemáticamente, el influjo de éste en el pensamiento unamuniano. Siguiendo a Alfred E. Garvie, reduce la teología de Ritschl a nueve propensiones o tendencias, que el lector de Unamuno podrá comprobar cómo se filtran en éste. Según Garvie, la teología ritschliana propende a:

1. excluir la teología de la metafísica;
2. rechazar, por metafísico, todo deísmo especulativo;
3. concebir el dogma eclesiástico como una combinación ilegítima de teología y metafísica;
4. ver en la mística una especie de metafísica de la piedad;
5. preferir una concepción práctica de la religión;
6. oponer el conocimiento práctico religioso al teórico;
7. hacer hincapié, frente a cualquier revelación natural, en la revelación histórica de Dios en Cristo;
8. servirse del concepto de Reino de Dios como de principio regulador de la dogmática cristiana
9. limitar las investigaciones teológicas a los contenidos de la conciencia del creyente.

Naturalmente, no todos los ritschlianos coinciden en todo con Ritschl. Lo mismo Unamuno, cuyo “sistema” estudia Orringer en seis profundos, responsables e interesantísimos capítulos, tan teológicos como unamunianos.

Además de a Ritschl, cuyo impacto en las facultades teológicas del siglo pasado fue grande, Unamuno ha leído a muchos de sus seguidores, pudiéndose detectar en él las huellas de Adolf von Harnack, Wilhelm Hermann, Julius Kaftan, George Wofferrin, Ernest Troeltsch... De todos, quien

más le afectó, como ya se dijo, fue Harnack (1851-1930), cuya voluminosa **Historia de los dogmas** (1886- 1890) parece haber leído cuidadosamente. Para Harnack, la fuerza del Evangelio se desintegra en los dogmas, nacidos, según él, para hacerlo comprensible dentro de la cosmovisión helenística, cosmovisión que se inicia con la cristología del “Logos”, según el cuarto evangelio, de cuya autoría duda, y que culmina con la proclamación del dogma de la Trinidad, en el Concilio de Nicea (año 325) y el de la personalidad de Cristo (una sola persona con dos naturalezas), en el de Calcedonia (año 451). Para Harnack la verdadera fe descansa, no sobre los juicios teóricos acerca de la naturaleza de Cristo, sino sobre su obra... Y por ahí sigue la investigación. El lector iniciado en la “unamunología” hallará en estas páginas documentales y sobrias, no sólo el “pathos” y el “ethos” unamuniano, sino su dramática aventura o proceso de “privatización” y “existencialización” de la religión y de la fe.

Justo es decir que Nelson R. Orringer hace con este libro una aportación maravillosa para el esclarecimiento de la vida y del pensamiento-sentimiento de Unamuno.

Javier Ciordia
UPR - Ponce
